

## **Crónica 7: Palolem, la playa del sur de Goa** (Traducción del original en catalán)

Cogemos un autobús estatal que sale de Panjim y va directo hasta Margao, la ciudad comercial más renombrada del sur de Goa. Baches, bochorno y el brusco balanceo, te apalean todo el cuerpo. Son las dos y media de la tarde, el sueño se apodera de nosotros. Es aquella pasión tan dulce que te hace abandonar el cuerpo, pierdes fuerza y quedas felizmente aspirado en la nada hasta que con un cabezazo seco te das cuenta que te sale la baba por el lado del labio, tienes la boca seca y pastosa, el brazo dormido y el cuello rígido. No sabemos cuánto tiempo dormimos, pero nos desvelamos cuando adelantamos a un enorme elefante que andaba pesado por en medio de la carretera principal, debe ser habitual ya que nadie le ha dado importancia. Nos detenemos breves instantes en medio de un prado lleno de otros autobuses e improvisados puestos de venta de fruta, parecía una estación de enlace con otros destinos, estratégicamente situada a las afueras de la ciudad. Tememos que no fuera nuestra parada, pero cuando decidimos interrogar al conductor, este ha vuelto a arrancar haciéndose el sordo. Nos adentramos por un camino que se apartaba de la carretera principal, las casas alineadas nos indicaban que seguramente ya estábamos dentro de la ciudad, pero no había ningún distintivo que nos ayudara a reconocer cuál podía ser el núcleo urbano. Sacamos un plano para situarnos un poco, sin darnos cuenta de que el resto de los pasajeros ya había abandonado el vehículo. Alertado por nuestra presencia, el conductor vociferando de mala gana nos señalaba la salida con movimientos del brazo frenéticos y amenazadores, nos ha hecho saltar sin detener el vehículo. Definitivamente, aquélla era la última parada de Margao. Turbados, impotentes y sin entender muy bien lo que había sucedido, optamos por olvidar el trato desagradable y empezar un agotador peregrinaje en búsqueda del autobús que nos llevará a Palolem.

Seguimos una hilera de hombres y mujeres con sacos y fardos, que nos conduce a la parada de autobuses locales, pero por desdicha nuestra, erramos la deducción. Se ha compadecido de nosotros un chico que se dedica a llenar los autobuses a gritos, y dejando de repetir por unos instantes el destino de su autobús, nos ha dicho: “the other side, the other side...” Cruzamos un parque de hierba lleno de hombres que estaban echados en medio del paso, mujeres que vigilaban a sus hijos y alguna abuela que hacía sonar su pote metálico pidiendo limosna. Unos vendedores ambulantes ofrecían enérgicamente sus productos y de entre las mil rarezas que se podían comprar, nos ha llamado la atención un joven que se probaba una barba postiza; le han encolado la cara, se ha mirado al espejo y ha marchado satisfecho con su nuevo rostro. Al otro lado del parque una sucesión de tiendas, puestos de venta de estrellas Navideñas y vendedores de luces y cintas brillantes dan vida a las desvencijadas fachadas de esta ciudad. Cientos de personas que corren apresuradamente de un lado a otro buscando algo con que obsequiarse, se deslizan en medio de un espeso tránsito, esquivando las motos, las bicicletas y los animales que se agrupan en un curioso aparcamiento. Andamos cargados al lado de la carretera esperando a que alguno de los autobuses que se paran, nos llevase hacia las playas del sur, por suerte un chico ha sacado la cabeza en un autobús terriblemente cargado y ha asentido alegremente con la cara cuando le pedimos si se dirigen a Palolem Beach; nos ha alargado la mano y nos hemos encogido para poder hacernos un hueco en su interior. Lleno a rebosar de personas y paquetes hacemos un pequeño espacio para poder coger algo sólido con la mano y evitar una catastrófica pérdida de equilibrio. Detrás de nosotros, han ido entrando todas las personas recogidas a pie de carretera. La cara encastrada a las rejillas de hierro que encierran cada ventana, un cesto de plátanos entre las piernas, el brazo por encima de la cabeza de una mujer que guardaba una gallina espantada dentro una bolsa de plástico, la espalda de un chico haciendo presión contra la nuestra, y una rápida y natural recolocación humana en cada bache. Con una mano liberada nos protegemos de los golpes de la cara contra

el hierro de la reja, y una vez habituados al movimiento, comenzamos a gozar del paisaje. Las grandes extensiones de tierra cultivada, conviven con kilómetros de espesa selva, la carretera se estrecha, y por entre el verdor sale un hilo de humo delatando el emplazamiento de algún pueblo agrícola; el autobús se detiene y baja una señora que se pierde en la selva, más arriba salta un joven y recoge una bicicleta que tenía atada a un árbol, no nos da tiempo de ver hacia dónde se dirige. Los pueblos quedan bien ocultos, algún camino de tierra asoma a pié de carretera, pero casi no se ven, sólo cuando hemos ascendido montaña arriba, la altura nos permite vislumbrar alguno de los discretos senderos que dejamos atrás. El espectáculo natural es increíble, estamos cruzando las montañas de Sahyadris, una prolongación de los Ghats Occidentales que desembocan al mar. Casi ha oscurecido cuando llegamos al distrito de Canacona, cruzamos la pequeña ciudad de Chaudi y llegamos a la última parada: Palolem. Sólo hace cuatro horas que abandonamos Panjim y ya tenemos una sensación de lejanía. Nos alojamos al “Savious guest house”, una casa de huéspedes muy modesta y tranquila que sólo nos cobran un par de euros por noche. La hija se llama Margaret, tendrá unos veinte años; cada mañana remueve la tierra negra y riega todas las plantas que crecen en el jardín, después lava la ropa restregándola contra una piedra y la tiende en un cordel atado entre dos palmeras. Al anochecer quema los escombros en una acequia de cemento, por la que no baja agua y que pasa por delante de la cerca de hierro de su casa. Hay cuatro habitaciones separadas por tabiques y cubiertas por vigas de madera y tejas rojas. La familia vive al final del pasillo, en una pequeña estancia oculta por una cortina; el suelo es de arena y tiene un par de camas, una mesa algunos tablones, dos gallinas y unos cuantos pollitos. La madre tiene una gran dulzura, sonrío y abraza a los huéspedes y es feliz llevando sillas al cobertizo haciéndonos sentar en redondel. Lleva los cabellos enrollados en un moño, las mejillas arrugadas, los ojos hundidos y una sonrisa desdentada y fascinante. Es de cuerpo ágil y menudo y viste un sari de colores rojos y amarillos. El padre y el hermano, trabajan hasta muy tarde, son pescadores del pueblo de Agonda, cada día llegan bien entrada la noche, se sientan al fondo del pasillo y comen un cocido de arroz amarillo. Es una familia muy discreta y acogedora, la madre prepara té y se sienta en el redondel contemplando orgullosa la variedad de huéspedes que acoge, nunca pregunta nada, sonrío y escucha. En la última habitación duerme Camil, un chico de Canadá que lleva un par de meses viajando solo por el sur de la India, tiene que volver pronto a Corea, donde trabaja dando clases de inglés. Es esbelto y de buen ver, camina descalzo y viste con una ropa larga hasta los pies peligrosamente enrollada en la cintura, mostrando todo el bajo vientre, se recoge los cabellos bien estirados con un bucle gracioso en medio de la cabeza y habla pausadamente con voz serena. En la puerta de al lado, acaba de instalarse una chica del norte de Italia, de tez morena, cabellos largos y rizados y facciones bien marcadas. Mueve alegremente el cuerpo de formas redondeadas y habla moviendo los labios con dificultad, arrastrando algunas letras con un deje ceceante. Posee un talante atrevido y misterioso, tendrá unos treinta años y es divertido el ver cómo con evasivas, elude todas las preguntas personales que le hacen los demás compañeros. Hasta hace poco, en esta habitación vivían Adam y Asuf, unos chicos de Israel que llevan más de dos años recorriendo mundo, han pasado una buena temporada en Colombia y han trabajado de camioneros en Estados Unidos para conseguir dinero de forma rápida. La puerta siguiente, es nuestra casa y en la habitación de la entrada, duerme Tomel; un chico de Israel que lleva viajando medio año por el norte de la India encima de una “Enfield”, la compró en Delhi por 500 dólares y ahora la vende por el mismo precio, seguramente se marchará pronto hacia Tailandia, ya que le caduca el visado. Esta mañana estaba sentado con las piernas cruzadas, llevaba el pequeño gorro redondo de ganchillo negro y rezaba, ha construido un altar con una silla y con unos libros viejos esparcidos, a los que ha guardado enfundándolos delicadamente en una bolsa de pana brillante. Nos ha contado que cada mañana reza y da gracias por poder gozar de un nuevo día, dice que cuando uno duerme, nunca sabe si volverá ha despertarse.

Tiene veintitrés años y acaba de cumplir el servicio militar, al igual que los demás chicos y chicas del país, está obligado a pasar tres años de su adolescencia en el ejército, y hasta los cuarenticinco, un mes al año deben estar disponibles para las tareas militares.

Recibes 600 dólares si te toca ir a la guerra y 300 si es un servicio militar sin pisar tierras enemigas. Tomel ha estado en el frente, posee una conciencia muy fuerte de país, cree que debe luchar para que no desaparezca su tierra, y defiende con firmeza que la única solución es estar preparados militarmente. Nos dice orgulloso que él no dirige la palabra a los palestinos, a los que nombra despectivamente “los turistas”. Cuando habla de ellos, sus ojos dóciles se llenan de ira, cuesta imaginar cómo una persona tan tierna i frágil haya podido soportar esta crueldad, esta aberrante imposición de pensamientos en una edad de conciencia tan modulable. Es el primer muchacho que conocemos de este país, que comulga activamente con la política, la mayoría prefiere huir y deambular durante años por todo el mundo. Él no quiere volver a su casa pero se siente plenamente implicado, cree que su país lo necesita y tiene un sentimiento de recelo hacia el resto de jóvenes. Tiene la manía de que los demás viajeros lo tratan con hostilidad porque es israelita, pero lo acepta con resignación, culpa a los medios de comunicación de alinear la humanidad en contra de su país. Lo que sí es bien palpable, son las secuelas psíquicas que tres años de adiestramiento asesino pueden hacer a cualquier alma. Habla un inglés poco definido y peculiar lo ves tan indefenso que se te pone carne de gallina. Esta noche no ha parado de gritar”: forget and go, forget and go”, por la mañana nos ha dicho que ha pasado la noche chillando porque tenía miedo a que le robaran la moto. Su talante meloso, el movimiento alegre las expresiones de emoción incontrolada y esta bondad, lo han convertido en un compañero entrañable.

La playa de Palolem tiene forma de media luna y está rodeada por un bosque tupido de palmeras, la arena es fina y de color gris ceniza, las aguas del mar suben y bajan con sorprendente facilidad, lo mismo pueden comerse media playa, como dejar al descubierto la fauna marina. Andar por la orilla del mar es una explosión de vida, miles de cangrejos construyen frenéticos sus madrigueras, bolas de arena de todas medidas quedan amontonadas rodeando los agujeros por donde se esconden con suma ligereza estos pequeños crustáceos. A cada paso mil carrerillas, es casi imposible perseguirlos con la mirada, cogen el color de la arena y no son mayores que las uñas de los pies. Los cangrejos que viven en las rocas, son más vigorosos, tienen un tono verdoso fascinante y pueden llegar a medir más de un palmo. A veces se alejan tanto de la playa que puedes verlos paseando por la calle principal, corren de costado, se paran de golpe y vuelven a arrancar como pequeños espías que desean pasar desapercibidos.

Las aguas llevan un montón de algas que quedan esparcidas sobre la arena. Un par de mujeres, con los saris arremangados y atados entre las piernas, recorren arriba y abajo toda la playa con un cesto sin asas encima de la cabeza y una escoba de troncos en la mano; tienen la piel quemada por el sol, la frente y los ojos arrugados y andan pesadamente amontonando y recogiendo las algas, con un desinterés cansado barren la playa removiendo la arena. Las aguas están tan llenas de vida que si andas un rato con los pies en el agua, tienes que salvar un montón de peces y camarones que equivocan el salto y se lanzan contra la arena. Los pájaros del mar están en alerta y se lanzan embravecidos chillando sobre las aguas para pescar algún pez, también se comen a los cangrejos despistados que se recuperan de una mala ola, sólo dejan el caparazón vacío que flota a ras de mar en medio de plásticos, zapatillas y patas de gallina. La playa es interminable y está llena de pequeñas cabañas de hojas de palmera que alojan a los turistas, y de otras barracas que ofrecen comidas y bebidas, todo ello con una estética muy discreta, que crea un ambiente muy agradable, poca luz, almohadillas, hogueras, velas, coco quemado, hamacas... .

A cada extremo de la playa, la tierra se adentra en el mar formando una inmensa pila de piedras redondas que aparecen y desaparecen a golpe de olas.

Andando hacia el sur, una pequeña isla salvaje, obstruye las aguas del mar Arábico en el interior de la bahía de Palolem, sólo las deja salir con la subida de la marea, borrando el camino rocoso que horas antes nos hacía de guía. Nos abrimos paso por entre los matorrales siguiendo un camino de ronda que rodea todo el islote, dicen que si tienes paciencia y buena vista, puedes ver como saltan los delfines en mar abierto, pero nosotros no lo hemos conseguido. Coronando la isla, hay un árbol selvático, sus ramas hacen de cuerdas, y es una atracción ver a los más osados dejarse llevar por recuerdos tarzaniles y subirse por los bejucos. Íbamos distraídos sin darnos cuenta de que las aguas ya habían subido. Nos ha cruzado una barca de pesca, un padre y su hijo que llegaban remando han embarrancado entre las rocas pendientes de nuestras zancadas; un par de intentos grotescos y al fin podemos subir, apuntalándonos temerariamente en los listones de madera viscosa, y con los pies dentro de las aguas encharcadas del fondo de la barca que guardaban decenas de peces muertos. La puesta de sol es impactante, ver cómo la bola incandescente, rosa, naranja y roja desaparece dentro del mar, te ensancha el corazón y el silencio con que el gentío se despide del astro rey, te lo vuelve a encoger.

Ya volvíamos con los últimos reflejos del sol ya escondido, cuando conocemos a un personaje curioso, se hace llamar Baba Rosh, es un señor holandés que vive en medio de la naturaleza y se dedica a dar clases de yoga y terapias espirituales. Viste tapándose solamente las partes más íntimas, es alto y delgado, tiene la tez morena y los ojos vivaces, se mueve pausadamente y se hace muy difícil adivinar su edad. Tres mujeres vestidas con ropas anchas y cabellos rapados andan con los ojos cerrados alrededor de ellas mismas, se desplazan con unos movimientos muy lentos, una coge con fuerza una gran roca, la otra simula que lava y la más joven entra y sale por detrás de unos arbustos pisando con fuerza los troncos y hojas que encuentra. El jefe espiritual nos ha invitado a entrar en su casa, es un claro abierto en el bosque, ha ganado espacio a la maleza y ha aplanado las hierbas. Nos ha mostrado la sala de meditación, un rincón del bosque lleno de estampas, velas y ofrendas florales. Unos potes de aluminio dispuestos boca abajo hacen de comedor, y las habitaciones están formadas por unas hierbas revueltas que sirven de colchón. Posee un par de baúles donde guarda libros de temática espiritual, y nos ha contado que puede albergar a unas quince personas dispuestas a recibir clases y practicar estos rituales. Gente de todo el mundo viene a pasar una temporada en este bosque y se dejan guiar e instruir por este gurú occidental. Ayuno, desposesión de bienes, vida austera, meditación y búsqueda interior. Salimos por entre dos rocas que hacen de túnel y de pasadizo, el mar ha subido tanto que para llegar a la playa grande, el agua nos cubría por encima de la cintura. Cuando las aguas retrocedan, decenas de peces quedaran atrapados de golpe por entre las rocas, esperando que la subida de la marea los rescate de nuevo, pero casi nunca sucede ya que las manos atentas de las mujeres del pueblo, conocen los pensamientos del mar y los escondites de los peces.

Un río de agua dulce llega recreándose en sus meandros de arena y desemboca en el mar, es increíble tumbarse en esta agua; las rocas están llenas de moluscos incrustados y todas las tardes un grupo de chicas se entretiene en arrancar el nuevo marisco que se aferra en ellas, tienen como un rastrillo, con el que rascando con fuerza consiguen arrancar los caparzones. Pocos metros más arriba cuatro troncos calcinados se levantan como pira funeraria del pueblo, restos de cenizas se mezclan con la arena y sientes aquella absurda angustia del que manipula la imaginación y teme a la muerte.

Palolem es un pequeño pueblo que ha aprendido a vivir del turismo sin pervertir el entorno natural, conservando serenamente la economía tradicional, muchos habitantes viven de la pesca y a la vez han acogido el turismo como una fuente de ingresos extras. Algunos días los pescadores salen de madrugada con sus barcas de madera maciza, llevando turistas mar adentro para ver a los delfines. Otros días les venden la posibilidad de salir a pescar con ellos; los foráneos, felices de participar en una actividad tan coloquial, y los pescadores obtienen

mano de obra gratuita, una compañía de lo más entretenida, un buen sobresueldo y los peces de la jornada.

Cuando anochece llegan todas las barcas pesqueras, canoas largas y hondas, vaciadas en un tronco de una sola pieza, les cuelga un brazo lateral que sirve de contrapeso y dentro de la barca unas pequeñas tablas improvisan un banco evitando remojar los piés en el charco de agua y peces. El fondo de la barca se estrecha, y por poco que te acerques, notas un fuerte olor a aguas estancada, sal y pescado. Padres e hijos regresan del mar remando o guiando la barca motora, se paran en la arena y sus mujeres y otros vecinos los ayudan a empujar la barca lejos de las olas, tierra adentro para esquivar una posible subida de la mar. La tarea es laboriosa, tiran de la barca a peso, arrastrándola por encima de unos rodillos de madera untados de grasa, cuando la barca ha avanzado un poco, quitan el rodillo de atrás y lo vuelven a colocar delante preparando el camino. Los chicos corren atareados arriba y abajo llevando y untando rodillos con desesperación. Las mujeres llevan un par de cestos de caña, echan una ojeada a la captura del día y clasifican los peces del fondo de la barca con una destreza increíble, cargan el cesto lleno sobre sus cabezas y van y vienen hasta que queda todo recogido. Repasan las redes y las repliegan amontonadas al lado de la barca todo listo para la mañana siguiente. Aprovechando que la marea ha bajado, dos niñas andan en cuclillas mirando atentas la arena de la playa, se paran a cada paso e introducen dos dedos en la arena, los remueven con destreza y sacan unas conchas grandes y oscuras que guardan en el delantal o en una bolsa de plástico.

Más arriba, un par de niños tiran de un tronco con todas sus fuerzas, se lo colocan en la espalda a la altura de la cintura y andan hacia atrás ganando un trozo de cuerda al mar; entonces pisan la cuerda, desatan rápidamente el tronco, y le vuelven a atar un trecho más abajo para volver a tirar y arrastrar con fuerza la cuerda que sostiene la red. Es una red abierta que entra y sale del mar formando un semicírculo, en el otro extremo, dos niños tiran pacientemente el otro cabo de la cuerda. Siguen las órdenes de un señor mayor que corre apresurado de un lado a otro intentando nivelar las fuerzas. Hace más de una hora que lo intentan y parece que ya se observa un trozo de red, un grupo de turistas se ha lanzado en su ayuda, y en un santiamén han sacado la red fuera del agua; un montón de pequeños peces saltaban agonizando entre las mallas, unos cuantos cangrejos movían sus patas atrapadas, las mujeres han recogido tranquilamente la pesca y han terminado recogiendo las redes.

Cerca de las rocas un pescador se adentra en el mar, anda con el agua hasta las rodillas, se para y lanza una red que cae extendida sobre las aguas, la deja hundir, tira de un extremo y la red se cierra haciendo una especie de saco; las piedras que ha atado en las puntas, hacen de contrapeso y atrapan un banco de peces pequeños. Ha llegado un pescador con la barca llena de sardinas, cuenta que las ha comprado a un pesquero mayor, nos muestra orgulloso una extraña variedad de peces y repite sus nombres haciéndonos clases a un grupo de mirones, habla del “mackerel y del pomfret”, pero nosotros sólo reconocemos un pequeño tiburón un pez espada, una langosta y un cangrejo.

Andando hacia el norte de la playa de Palolem se llega a una cala muy tranquila, hay unas cuantas cabañas para alquilar y es el otro punto de encuentro donde los amantes de las puestas de sol quedamos mudos. Unas escaleras te conducen a través de unas piedras hasta la playa de Colomb, una cala de rocas negras donde viven varias familias de pescadores. Cruzando por entre las hierbas y las cabañas se llega a una especie de camino asfaltado, animado por un par de tiendas de frutas y varios puestos de venta de jabón, papel higiénico y agua.

Algunos locales alquilan habitaciones y se respira un ritmo de vida pausado. Gallos y gallinas entran y salen por todos lados y una pandilla de niños se entretienen resbalando por una piedra inclinada que hace de tobogán. El camino termina repentinamente y aparece de súbito tras una curva, una playa inmensa, kilómetros y kilómetros de arena y mar casi desérticos, es la playa de Patnem.

Las voces de unos niños cantando villancicos con pantalón corto y gorro de Papa Noel, nos recuerda que en casa es Navidad. Entramos en la barbería del pueblo y nos regalamos una afeitada y un masaje en la cabeza, bien sacudidos, cenamos cerca del mar compartiendo mesa con un solitario local que se padecía de la mala fortuna de su casamiento. Terminamos sentados en la arena contemplando las hogueras, los fuegos artificiales y el trasiego constante de personajes y animales. Añoramos el frío, la sopa de “galets”, los canelones, los turrónes los anuncios de la tele y el consumismo compulsivo. Es una amarga tristeza que por vez primera desde que marchamos, nos damos cuenta de la gran distancia que nos separa; son ya meses sin tocar y abrazar a los nuestros y un nudo nos ha oprimido la garganta cuando hemos oído sus voces al otro lado del hilo telefónico, eran tantas las cosas por explicar, que apenas hemos sabido que decir.

Salíamos preocupados recriminándonos este aturdimiento, cuando oímos unas voces de habla castellana, se nos han presentado alegremente Marcos de Sevilla y Heize del sur de Alemania; nos atropellábamos emocionados explicando las anécdotas vividas en este país, ellos salieron de su casa un par de días más tarde que nosotros, y han recorrido todo el Nepal y el norte de la India, este es el último mes y tienen la intención de bajar por Karnataka hacia Kerala.

Peleándose con la conexión a Internet, hemos topado con Eva de Valladolid y Miguel Angel de Madrid, hace tres años que viven en Delhi, trabajan en el campus de la Universidad J.N.U. dando clases de español y ayudando a dinamizar la biblioteca. También se ha unido al grupo creciente de amigos, Elvira, una chica de Costa Rica que lleva más de un año rondando por el mundo, viaja sola y sin prisas, ha aceptado emocionada la propuesta de cedernos algunos escritos que recogen sus historias en la India.

Un jugo de piña, tostadas con mantequilla y mermelada y una taza de “cahi”, que es el nombre popular con que se conoce el té hervido con leche y azúcar, y ya tenemos el estómago entretenido hasta el anochecer. Alquilamos un par de motos con Marcos y Heize, con la intención de ascender hacia la playa de Agonda, pero nos quedamos sin gasolina a dos kilómetros de la gasolinera. Antes de partir, y como queriendo ser más prudentes que desconfiados preguntamos un par de veces al chico con el que hacíamos el trato, si estaba seguro que con aquel depósito llegaríamos a la “petrol station”; nos juró y perjuró que había más que suficiente, aunque si queríamos comprar un poco más, él nos la vendía, pero eso sí, algo más cara porque tenía que hacer negocio; y éste es el negocio que hacen, vacían el depósito de las motos de alquiler que les devuelven y la revenden, dejando el depósito tan apurado que tuvimos que empujar un buen tramo. La rabia del engaño y las risitas inocentes y burlonas de los compañeros de carretera nos han dado fuerzas, sudados y agotados, nos consolamos criticando a diestro y siniestro. Era la una y media cuando arrancamos hacia la playa de Agonda, pero a mitad del camino, vemos un indicador que nos recordaba que el Cabo de Rama estaba a sólo 14 kilómetros, nos aventuramos a seguir la carretera adentrándonos en una selva oscura y fresca. Nos oprimía un paisaje de valles frondosos llenos de palmeras de espesas ramas que se entrelazaban entre sí, y bajo un curioso efecto óptico, formaban un tapiz que redondeaba el desnivel entre mar y montaña, sólo al ver algún resquicio te dabas cuenta de la altura de los troncos y de la profundidad de los valles. Un par de monos a pié de carretera, un templo de piedra, unas señales de humo y, de repente, tras una nebulosa asfixiante, decenas de personas cubiertas con ropas de sábanas protegían su cuerpo de una inmensa polvareda. Rostros de chicos y chicas tapados, que caminaban alineados con unos recipientes en sus cabezas llenos de piedras trituradas, lanzaban la grava en medio del camino, casi bajo la máquina apisonadora y con una regadora rociaban con alquitrán, un trozo de ropa hacía la función de mascarilla aliviando ingenuamente los efectos nocivos de los gases.

Llegamos a Betul y nos sentamos a la orilla del río Sal, contemplando la actividad pesquera. No hemos sabido localizar el Cabo de Rama, ha oscurecido demasiado para parar en la playa de Agonda y el camino de regreso casi lo hacemos a suertes.

Saliendo de la casa en la que nos alojamos, llegamos pronto a la calle principal, un camino arenoso lleno de tiendas de ropas de colores, colgantes y figuras de dioses hindúes. Hay un par de tiendas de Internet, la barbería, un cartel donde ofrecen masajes ayurvedes, un hombre muy curioso que esparce especias en el suelo y te invita a probarlas y un seguido de pequeños puestos que amontonan productos variados que responden a las primeras necesidades de los viajeros: Papel higiénico, jabón, agua, carretes de fotos y chocolatinas. Al final de la calle, antes de llegar a la hilera de motos de alquiler, hay puestos de libros de segunda mano, escritos en inglés, francés, italiano y alemán. Hace un par de días que en esta zona aparca un camión de bomberos y un autocar cargado de militares. Se pasean serios por la playa, desfilando con uniformes de camuflaje luciendo una gama de colores azules y marrones muy descoloridos. Llevan unos espectaculares fusiles en su espalda y su presencia es inquietante. Aprendemos a convivir con una extraña sensación de nerviosismo, incertidumbre y riesgo. Han cundido toda clase de rumores, los periódicos locales hablan de un par de detenidos de origen iraní que preparaban un atentado en las playas del norte, la chica de la casa donde nos alojamos, dice que las fiestas en la playa son peligrosas porque se reúnen muchos jóvenes israelitas y es el blanco perfecto para un posible ataque musulmán. Los vecinos dicen que anoche detuvieron un sospechoso que quería hacer estallar una bomba el día de fin de año. Hay quien recoge los trastos y busca un lugar más seguro para terminar de pasar las fiestas, y otros se ríen de estos rumores que persiguen las costas asiáticas desde el atentado de Bali. Nosotros estamos indecisos, hemos cambiado un par de veces el billete de tren para ir a Kerala y todo este ajetreo, nos hace poca gracia.

Andando por detrás de la casa en sentido contrario a la calle principal, descubrimos un montón de casas de familias de Palolem, son casas de tierra o de cemento, cubiertas con un gran tejado de hojas de palmeras secas que casi llegan a ras de suelo, dejando un escondite y una buena sombra, donde se reúnen a charlar las mujeres de las familias. Los patios son de arena y lucen increíblemente limpios y barridos, cada casa tiene su montón de escombros para quemar y muchos plásticos y papeles se amontonan en tierra de nadie. Las vacas comen cartones, hierbas secas y desperdicios, los cerdos negros atraviesan de un patio a otro y los gallos cantan despistados a todas horas.

Las chicas cargan las jarras de colores en la cabeza y andan hasta la fuente para llenarlas de agua, hay bicicletas aparcadas en las puertas de las casas y los pequeños juegan a guerreros subiéndose con maña en los árboles. Extraviamos el camino y un abuelo nos ha rectificado mandándonos hacia el lago de agua dulce que hay al pie de la montaña, unos chillidos ensordecedores de pájaros, la inmensidad de la selva y un fuerte olor de aguas estancadas. La vida animal de estas tierras es muy exuberante, nunca habíamos oído una mezcla semejante de cantos, gritos, chillidos y aullidos. Hacia las dos y media de la madrugada, una pelea entre perros, despierta a los gallos y se disputan verbalmente para ver quién alborota más, hasta que los chillidos de las aves animan aún más el envite y eres víctima de una serenata aterradora.

Todos los perros viven en libertad, entran y salen de los restaurantes y rondan buscando comida por debajo de las mesas de los clientes. Más de una veintena de perros forman un clan, se pasean en pequeñas manadas y tienen sus pautas de comportamiento establecidas, hay una clara jerarquía y se ladran en defensa de su rol. Hacen caso omiso de los humanos, se tumban bajo el sol, se refriegan las pulgas en la arena, chapotean en el agua del mar, se persiguen y observan tranquilos las corredizas de los cangrejos. Felices comparten el entorno natural y hacen vidas paralelas con los que andamos con dos piernas.

Es la noche de fin de año y nos reunimos con nuestros amigos para cenar carne de tiburón, hay un ambiente especial, todo el mundo se pasea recién duchado desprendiendo buen olor. Han cavado unos agujeros en la arena de la playa, todo está listo para encender las hogueras y ya se empieza a oír algún que otro petardo que silba. No encontramos uvas pero tenemos unas cuantas mandarinas que vamos desgranando y nos hará el mismo efecto. La playa está llena de familias hindúes llegadas de las ciudades, traen comida y bebida y extienden sábanas en la arena para preparar la fiesta.

Los niños se escapan corriendo de un lugar a otro, van exageradamente abrigados con gorros de lana, las chicas hablan entre ellas y los hombres beben sin parar. Son casi las doce de la noche y las fogatas ya se encuentran encendidas, todos lanzan fuegos de artificio sin dar abasto, algunos restaurantes han colocado altavoces en la playa y un grupo de hombres hindúes bailan como posesos mientras otros jóvenes conversan e intentan hacer de faquires con malabares de fuego. Andábamos por la playa gozando de la fiesta, y por el habla nos han reconocido dos viajeros de nuestras tierras, compartimos con ellos los gajos de mandarina y nos sentamos cerca de una hoguera contando historias de marineros. Víctor vive en Bélgica y hace más de medio año que recorre la India, ha conseguido un billete para dar la vuelta al mundo, con unas condiciones muy superiores a las nuestras, ahora tiene la intención de saltar hacia China, seguro que coincidiremos en algún otro momento. Cuenta de forma cautivadora escarneciendo con énfasis las realidades de este país. Dani es de Barcelona, aprovecha el paro de forma inteligente y se dedica a ver mundo, conoce Tailandia y Vietnam, nos hace oyentes de sus geniales anécdotas. Hablábamos entretenidos sentados en la arena de la playa y muchas personas desfilaban alrededor deseando alegremente feliz año, de vez en cuando, esquivábamos algún petardo. I es que los fuegos artificiales, las tracas y las fuentes de fuego, las puede comprar y lanzar cualquiera, no hay demasiados expertos en pirotecnia, pero todos se ven capaces de hacerlos estallar.

Desgraciadamente los efectos del alcohol envalentonan y a la vez hacen perder el equilibrio y la orientación, y a medida que los niveles de embriaguez van subiendo, los fuegos de artificio estallan más a ras de suelo, hasta que hemos tenido que salir medio chamuscados, sacudiéndonos las centellas cuando un atolondrado nos ha volado la hoguera con un petardo. Eran poco más de las doce cuando han parado todas las músicas de la playa, hemos andado hacia la cala de al lado y hemos pasado la velada echados en una hamaca de taponés de corcho, en un local al aire libre rodeados de palmeras y almohadas y felizmente acompañados.

### **Olga&fraz**

(Reportatge de l'Elvira)

### **Consejos y curiosidades**

Desde nuestra buena fe, después de recorrer de arriba abajo todas las playas de Goa, nos sentimos capaces de caricaturizar cuatro variedades de turistas que aparecen por estas tierras y que se agrupan siguiendo una curiosa clasificación: Los amantes de las comodidades, llegados en vuelos chárter directos desde las tierras nórdicas, se congregan bajo el explotado sol de Baga y Calangute, parecen poco sensibles a los desastres naturales, promueven turismo de masas, engordan los complejos hoteleros ganándose con razón el sobrenombre de dólares con patas. El viajero joven y pobre, amante de las fiestas tecno y de sustancias alucinógenas queda concentrado en las playas decadentes de Anjuna, Chapora y Vagator. Los trotamundos más tranquilos perdidos en la búsqueda de sí mismos, de la mística o de cosas parecidas, se unen en Arambol y Palolem. I los historiadores insaciables coinciden observando la arquitectura de "Old Goa" e indagando sobre las secuelas de la fusión hindú-católica-



portuguesa en la ciudad de Panjim, confundiendo cultura con expoliación, destrucción y colonización.